



Crónica  
*de* **Córdoba**  
y sus Pueblos  
VIII

*Córdoba, 2002*

Asociación Provincial Cordobesa de Cronistas Oficiales



Crónica  
*de* Córdoba  
y sus Pueblos

*Córdoba, 2002*

**Asociación Provincial Cordobesa de Cronistas Oficiales**



## Asociación Provincial Cordobesa de Cronistas Oficiales

### CRÓNICA DE CÓRDOBA Y SUS PUEBLOS, VIII

#### CONSEJO DE REDACCIÓN

##### Coordinadores

José Antonio Morena López  
Miguel Ventura Gracia

##### Vocales

Enrique Garramiola Prieto  
José Lucena Llamas  
Juan Gregorio Nevado Calero  
Pablo Moyano Llamas

**Edita:** Asociación Provincial Cordobesa de Cronistas Oficiales

**Foto portada:** *Antigua iglesia parroquial de Doña Mencía*

**Diseño y maquetación:** A.G. UNIGRAF, S.L.

**Imprime:** A.G. UNIGRAF, S.L.

Polígono Industrial "La Estrella" parcelas 1 y 2  
14640 VILLA DEL RÍO (Córdoba)

Tel. 957 176 286

Fax 957 177 022

**ISSN:** 1577 - 3418

**Dep. Legal:** CO - 812 - 02

# FRANCISCO ALCÁNTARA Y EL KRAUSISMO

**Rosario González Puentes**

*Cronista Oficial de Pedro Abad*

Francisco Alcántara Jurado es una de las personas que honran a su pueblo, Pedro Abad, por haber nacido en él. Además, él lo hace doblemente, ya que siempre paseó orgulloso, por doquier, su condición de perabeño.

Su destino hubiera sido, sin duda, el de otros muchos de su generación: ser abogado, con el esfuerzo de sus padres, y poco más. Sin embargo, una inteligencia sobrada, acompañada de una voluntad de hierro, un don de gentes peculiar y una exquisita humildad, lo llevaron a encumbrarse de un modo tal, que ni él mismo hubiera soñado nunca.

Nacido el 27 de marzo de 1854, fue el mayor de los doce hijos del matrimonio formado por el agricultor y ebanista Fernando Alcántara Muñoz y María Josefa Jurado Alejandro. Pieza clave en su niñez fue su tío, don Manuel Jurado Alejandro, el primer maestro que tuvo Pedro Abad, desde 1849, fecha en que se creó la Escuela Pública. Este hombre educó a toda una generación local, que muy bien podríamos calificar como miembros de una época dorada, en el espectro cultural perabeño.

Dos de sus alumnas más destacadas fueron Dolores y Rafaela María Porras Ayllón, fundadoras del Instituto de Esclavas del Sagrado Corazón de Jesús, la segunda, además, santa. Sin duda, en la formación intelectual de Pedro Abad, hay un antes y un después de don Manuel Jurado, y es justo reconocerlo. Para el futuro de Francisco Alcántara y sus hermanos, fue decisiva la amistad de su tío con los miembros de la familia Porras. Terratenientes poderosos, todos ellos salían del pueblo para estudiar. Algunos miembros de esta familia accedieron a la Universidad y ocuparon puestos relevantes, incluso a nivel nacional.

La sana ambición se despertó en don Manuel con respecto a sus sobrinos y, tras una magnífica preparación infantil, son enviados a Córdoba para estudiar el Bachillerato, a pesar de las estrecheces económicas de la familia. Don Manuel utilizó técnicas pedagógicas muy innovadoras en el Pedro Abad de las décadas de los cincuenta y sesenta del siglo XIX. Por las mañanas, los niños

acudían a clase, dedicando las tardes a visitar las fábricas y talleres locales, donde practicaban diversos oficios.

Por lo tanto, cuando en 1866 Francisco llega al Instituto en Córdoba (antiguo Colegio de la Asunción, hoy Instituto Luis de Góngora) no se siente desplazado en un mundo que le es totalmente desconocido. El nivel educativo del Instituto era alto, y en él se daba gran importancia a las asignaturas, inverosímiles en el ámbito rural, como el Dibujo o las Nuevas Tecnologías Agrícolas.

En una España que ya luchaba por desprenderse del lastre que le supuso el reinado de Isabel II, Francisco tiene como amigos en Córdoba a niños de familias con talante liberal. Algunos de ellos, con padres que se dedican a la política. Así, compañeros suyos son José Sánchez Guerra, futuro Presidente del Gobierno, y Julio Burell, varias veces ministro.

Comienza a escuchar términos como Progreso, Engrandecimiento de la Patria, Liberalismo, etc. Palabras hasta ese momento desconocidas para él y, en nuestros días, bastante desvirtuadas, pero que, sin embargo, en aquella época, fueron germen de Generaciones enteras de nuevos pensadores, como las del 1898, 1914 ó 1927, las cuales supusieron un nuevo Siglo de Oro para la nación.

Propongo pues, dejar nuestra mente abierta y el espíritu en blanco, para retrotraernos el tiempo y asimilar mejor el significado que tuvo todo aquello, debido a la lejanía en el tiempo, el espacio y, sobre todo, con la ideología actual. Para ello, nada mejor que escuchar las aspiraciones que niños con poco más de quince años, tenían en aquellos momentos. Gracias a la pluma de Francisto Alcántara, nos han llegado estos recuerdos:

"..La vida henchida aún del calor y la santidad de las caricias maternas, prometíanos a un puñado de muchachillos incontables bienandanzas para la nación. Libertad, prosperidad, justicia. España volvía a ser grande y Córdoba, en nuestra ambición, marcharía por la posta de un apogeo fantástico. Eran aquellos muchachillos alumnos de tercero o cuarto años de bachillerato, Julio Burell, José Sánchez Guerra, Luis Valenzuela, Antonio Terrova, Martín Barrios, Vasconi y Aros y el que esto escribe; a ratos estudiantes, rabonistas algún día de excursión y curioso camino de la sierra o por las ruinas y antiguallas urbanas, y ya en aquellos tiempos periodistas y redactores de una publicación semanal. Córdoba ya tenía su Chimeneón.

En sus campañas empezábase a ensayar la maquinaria agrícola y los abonos, gracias en gran parte a las enseñanzas de don José Rodríguez, profesor de agricultura del Instituto(...). Ya llevábamos, aunque tan niños, en el fondo de nuestros corazones la idealidad legendaria española, y la milagrosa historia de la ciudad. Séneca, Acisclo y Victoria, los Abderramanes,

Averroes, Almanzor, San Fernando, la casa de Aguilar, Gonzalo de Córdoba, Góngora.. Mas también llevábamos los anhelos renovadores de la época, del momenfo(...) los estudiantillos, llevábamos en nuestros corazones como un compuesto de ciudad metrópoli semejante a la legendaria, y a la vez nueva y gloriosa, como aurora de abril contemplada desde las ermitas. Para cuando fuésemos hombres barbados como los profesores, como los políticos que lanzaban a cada instante y desde cualquier tribuna alados discursos, como los caudillos que llegaban mandando tropas en un diario ir y venir de regimientos y de cuerpos francos o voluntarios, los sucesos habrían llegado a madurez tal, que en poco tiempo veríase con nuestro propio ímpetu, y nuestras propias manos, realizadas las ilusiones. Mucha industria, muchas chimeneas para hacer compañía al solitario chimeneón. El Guadalquivir canalizado hasta Córdoba, próspera la agricultura, modernizada la ciencia de las Escuelas del Califato, una magnífica Universidad, poetas, filósofos, artistas, oradores, abundancia, riqueza, el espíritu señoreando la vida de una Córdoba tan grande y bella como para glorificar en sí a la Patria toda”.<sup>1</sup>

Francisco además aprende Dibujo en el estudio de Rafael Romero Barros. Este hombre, casi un padre para sus alumnos, suele llevarles a la tertulias, múltiples en Córdoba. Hay, sobre todo, una muy importante: la que don Francisco de Borja Pavón mantiene en su rebotica. En ella se desgranán y analizan todos los aconteceres de la nación. Allí, oye por primera vez Francisco el nombre de Julián Sanz del Río, y de una ideología, una corriente de pensamiento que está haciendo furor en Madrid: el Krausismo.

En éste ambiente culto se desarrollará la adolescencia de Francisco. Y, mientras va creciendo, va alentando en su alma una idea, para sus amigos muy próxima, para él, prácticamente inalcanzable: estudiar en Madrid. Los medios económicos de sus padres no permiten enviarle a la capital, y Francisco estudiará Derecho en Sevilla. Allí contactará con algunos profesores de ideología krausista. Todo esto aumentará su aspiración por llegar a la capital del reino. Además, lo hace, en un principio, como modo de adquirir mejor preparación, para volver a su tierra después. Por fin, en 1872, llega a Madrid. Será el cambio definitivo de su vida, a todos los niveles.

Antes de continuar, es hora de acercarnos un poco a lo que es y significa la ideología krausista, y de conocer a los hombres que la alentaron. El introductor en España del pensamiento de Krause fue Julián Sanz del Río. Este hombre quiso ser sacerdote, llegando a estudiar en el Seminario de San Pelagio, en Córdoba, con Borja Pavón. Soriano de nacimiento, Julián se convertirá pronto en un reconocido filósofo. Estudia en Toledo, Granada y, finalmente, en Madrid. Se licencia en Leyes en la Universidad Central, solicitando la Cátedra de Filosofía

---

1.- “La calle de Luis Valenzuela”. Diario de Córdoba, 1922. B.R.A.C. id.

Moral. Al serle denegada, decide doctorarse. Abre entonces un bufete en Madrid. Pero sus problemas de conciencia (uno de sus defendidos fue ahorcado) lo acucian constantemente, dejando definitivamente la abogacía, para dedicarse por entero a la Filosofía. Se acerca entonces al pensamiento de Ahrens y Krause, a quien considera el heredero de la obra de Kant.

Tras diversos avatares y cambios políticos en la nación, consigue por fin la Cátedra de Historia de la Filosofía, que él mismo había propuesto al Gobierno, en 1843. Es enviado a Alemania, donde estudiará durante dieciséis meses, en contacto directo con los discípulos de Krause. Allí conocerá otra forma de vida que se traduce en un modo distinto de ver la religión, la moral y el espíritu, con repercusiones directas en la vida pública. Y escribe Julián:

"La religión como elemento fundamental de la vida en cuanto a moral, no existe en nuestro país (...). De aquí nace hacia la religión en su forma actual entre nosotros, impiedad o incredulidad. Y a quienes se llaman maestros, hipocresía (se refiere a los clérigos)".

Don Julián se dedica a traducir los filósofos alemanes y, una vez al mes, viene desde Illescas, donde reside, a Madrid, para explicar sus ideas. Así en la Apertura del Curso de 1857, en la Universidad, dice en un discurso:

"El resurgimiento de la Patria debe corresponder a una minoría intelectual que habrá de prepararse para ser la clase dirigente de la vida pública española. Esa clase deberá emprender nada menos que la conversión del país todo a las ideas liberales y democráticas."

Julián era consciente como otros muchos, de que el catolicismo había agotado en España -al menos, de momento- todas las vías para el progreso de la nación. Pronto se hará famoso en Madrid y, ya en 1860, se creará el Centro Filosófico, donde los intelectuales y curiosos debaten estos temas. Las claves del krausismo, como explica Sanz del Río, son:

- El hombre es la imagen viva de Dios.
- Debe vivir la religión unido a Dios.
- Debe actuar según su conciencia.
- Hay que vivir una existencia moral elevada.
- Se debe conocer a Dios en el mundo y en la ciencia.
- Se debe buscar la perfección político-social.

Todo esto, pensando libremente y actuando con miras al bien del individuo como persona.

Quienes se aferraban al poder con firmeza a mediados del siglo XIX, vieron en la llegada de estas ideas una declaración de guerra a los poderes estableci-



dos. La mayor parte de los intelectuales españoles, en su mayoría católicos practicantes, advirtieron en esta ideología una forma de sacar al país del lamentable estado en que se encontraba. Muy pronto, el choque sería irremediable. La sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe prohibió los libros de Sanz del Río. Él y sus seguidores hubieron de separarse, muy a su pesar, de la Iglesia.

Herederero de Sanz y krausista convencido, será don Francisco Giner de los Ríos, sobrino de don Antonio de los Ríos Rosas, miembro de la Unión Liberal y varias veces ministro. Giner, con un grupo de hombres afines, se propondrá algo difícilísimo en la España del momento: Una reforma radical de la nación española, empezando por la educación y basándose en ella. Esto, traducido a palabras más fáciles, podría ser: El poder para los intelectuales que con su saber e inteligencia pueden hacer una España más grande y, sobre todo, poner a cada cual en su sitio, incluida la Iglesia Católica.

Como es lógico, la Iglesia, la Monarquía y los terratenientes no iban a permanecer quietos ante todo esto. Así, se inventan acusaciones de todo tipo contra los krausistas. Son tildados de masones, anticlericales e, incluso, antiespañoles.

Francisco Alcántara será alumno de Giner en la Universidad Central de Madrid. Muy pronto intimará con el que será, andando el tiempo, el hijo espiritual de Giner: Manuel Bartolomé Cossío. Este joven y Julio Burell serán los dos pilares principales de apoyo con los que contara Alcántara en Madrid. Cossío lo acercará más a Giner y su ambiente. Burell lo introduce en el Ateneo, centro cultural e intelectual del Madrid del último cuarto del XIX, allí conocerá a Galdós -íntimo amigo de Giner- el cual lo ayudará a moverse por las redacciones de los periódicos.

Desde este momento, conocerá e intimará con Práxedes Mateo Sagasta y José Ortega y Munilla. Con el primero comienza a colaborar bien pronto (en 1876) en los diarios *El Globo* y *La Iberia*. En el círculo de Giner conocerá a Juan Facundo Riaño, el hombre más interesado por la estética dentro del grupo de los krausistas. Ese mismo año se funda la Institución Libre de Enseñanza. Alcántara estará a lo largo de su vida vinculado a ella por medio de estos hombres y sus ideales. Riaño, varias veces ministro de Instrucción Pública, despierta en él la inquietud por la cerámica, comenzando enseguida a escribir sobre ella.

Los detractores de Giner y de la I.L.E. hicieron campaña contra todos ellos, de la forma más ruin posible. Fueron destituidos catedráticos, por negarse a enseñar a sus alumnos que todos los españoles debían de pensar como el gobierno de turno decía; algunos fueron encarcelados (Giner entre ellos), todos fueron acusados de conspiradores, reaccionarios y anticlericales. Nada

más lejos de la realidad, puesto que la I.L.E., que fue el cauce por el cual mejor se desarrolló el krausismo, se declaraba en sus estatutos del modo siguiente:

- Era ajena a todo pensamiento o ideología política.
- Ajena también a cualquier creencia religiosa (que no contraria).
- No contraria ni beligerante, cualquiera que fuera el gobierno de la nación.

El interés que propulsaba a los krausistas era único y firme: La creación de hombres, bien formados culturalmente desde la niñez, para regenerar a España y apartarla del atraso espectacular que padecía con respecto a la mayoría de los países europeos.

Francisco Alcántara comenzó muy pronto a sentirse atraído por este ambiente. Giner quería hombres inteligentes y trabajadores, hallando en Alcántara ambas cosas. Por tanto, Francisco fue pronto alumno espiritual suyo, y afianzó la idea de permanecer en Madrid. Comprendió que en la capital podía abrirse camino en sus tres vocaciones: La Enseñanza, el Periodismo y el Arte. Estos fueron los tres pilares sobre los que basó su porvenir. Los tres tenían un solo cimiento: la Pedagogía. Porque Francisco fue durante toda su vida exactamente eso: Un PEDAGOGO. Aprender y enseñar en coeducación continua entre alumno y maestro. Así lo entendían y practicaban los krausistas. También de ese modo actuaban todos los miembros de la I.L.E. y personas afines o cercanas.

Alcántara, a lo largo de su dilatada vida profesional, ejerció en tres centros. En primer lugar, en el Colegio Hispano-Americano, fundado por él y otro gran amigo suyo, José Fernández Jiménez. Luego, en la Escuela de Artes y Oficios de Madrid. Y, finalmente, en la Escuela de Cerámica, fundada por él y para él. En estos tres centros desarrolló el método adoptado por los krausistas e institucionalistas: El denominado método de Fröebel, alumno y seguidor de otro gran pedagogo: Pestalozzi. Los métodos empleados por estos dos revolucionarios de la enseñanza daban gran importancia a valores como la higiene en el niño, las formas de expresión, los modos de observación y el estudio de la Naturaleza, las tradiciones y la industria. En definitiva, todos los valores que contribuyen a engrandecer y formar a una persona y, sobre todo, una nación.

No podemos extendernos más en esta faceta de Francisco Alcántara, pues cada centro podría abarcar una monografía.

Pasamos, pues, a su faceta periodística. Los escritos de Alcántara, en su mayoría, cumplen también su deseo de enseñar. Abarcan infinidad de temas. Así, habla sobre Córdoba, Toledo, biografías, el arte en cualquiera de sus manifestaciones, etc. Hace especial mención a la acuarela, su técnica pictórica preferida. Del trabajo en prensa, se puede destacar:

- La revitalización de talleres y alfares antiguos a lo largo de la geografía hispana. Más de cuarenta años dedicó a este menester.
- El redescubrimiento y potenciación de la figura del El Greco, pintor mal visto en el siglo XIX y casi olvidado.
- El lanzamiento a la fama de pintores tan importantes como Julio Romero de Torres, Darío de Regoyos, Daniel Vázquez Díaz, Rafael Botí y una interminable lista de nuevos valores.
- Acercamiento a España toda de pueblos perdidos que encerraban Museos Vivos, como él los llamaba. El ejemplo más relevante será La Alberca, en Salamanca.
- Diversos temas que se pueden resumir en las palabras que don Julio Caro Baroja dedicó a la I.L.E. y a Francisco Alcántara: "Acechar la vida para atraparla".

El prestigio alcanzado muy pronto por Francisco a nivel nacional fue importantísimo. Junto a Giner, Cossío y Gumersindo de Azcárate, estaba considerado como uno de los hombres más elegantes, educados y de pensamiento más concienzudo de España. Por ello, en muchos círculos sociales era denominado El Maestro, Apóstol o Patriarca. Alcántara fue maestro espiritual de, entre otros muchos, José Ortega y Gasset. Aprendió éste de Francisco el Arte y su pensamiento estético estuvo muy influenciado por el del maestro.

Alcántara desarrolló amistades con gentes tan valiosas para España y de caracteres tan diversos como Juan Ramón Jiménez, Pío Baroja, Valle Inclán o Unamuno. Con este último, vasco europeísta, desarrolló el pensamiento universalista de una nación. Era de la opinión de que había que europeizar España. Unamuno apostaba por españolizar Europa. Bien pensado, ambos tenían en mente la misma idea: El engrandecimiento de la nación.

Y, para finalizar, hemos de apuntar que Alcántara fue un gran municipalista. Creía en las personas, que con sus aportaciones personales, por pequeñas que estas fueran, engrandecían a los pueblos. Opinaba que, pueblo a pueblo, se hacía una nación fuerte. Escribió, no pocas veces, que cada pueblo debe potenciar sus recursos naturales, culturales o ancestrales y hacer de ellos industria, comercio y, en definitiva, un recurso económico para la vida de cada localidad.







Asociación Provincial Cordobesa  
de Cronistas Oficiales



**Diputación**  
de Córdoba